

Pavillón. Volvió á la carga dos años después y el 14 de mayo de 1693, fué elegido para ocupar el sillón del abate de la Chambre, « hombre virtuoso », es decir hombre cuyos méritos literarios eran nulos.

La Bruyère había sido sostenido por sus amigos y protectores, Boileau, Racine, Fénelon, La Fontaine, el inspector general Pontchartrain, Simón de la Loubère, que entró poco después en la Academia, Bussy-Rabutin, primo de Madama de Sévigné y el marqués de Termes.

Su discurso de recepción tiene un carácter bastante especial. Era costumbre hacer el elogio de la Academia, de Richelieu, de Séguier, y de Luis XIV. La Bruyère abrevió esta parte tradicional é hizo el elogio de los académicos vivos. Agregó una profesión de fe literaria. En este discurso se halla el célebre pasaje del elogio del rey, tan romántico y pintoresco que se reconoce en su autor á un novelista á quien sólo faltaron para hacer novelas el arte de componer y de combinar vastos conjuntos:

Siempre aplicado á nuestras necesidades no hay para él tiempo de descanso ni horas privilegiadas: ya la noche va avanzando, ya se han relevado los guardias en las avenidas de palacio, brillan los astros en el cielo siguiendo su carrera, toda la naturaleza descansa privada del día, sepultada en la sombra; nosotros también descansamos en tanto que el rey vela solo en el silencio de su retiro por nosotros y por el Estado. Tal es, señores, el protector que os habéis granjeado, el de sus pueblos.

Termina el discurso dando las gracias á la Academia por el honor que hace al recipiendario llamándole á despecho de la malignidad de los envidiosos.

La preferencia que demostró en favor de Racine llenó de despecho á los partidarios de Corneille, á su hermano Tomás, y á su sobrino Fontenelle, el Académico.

El *Mercurio galante* redactado por Donneau de Visé, se hizo el intérprete de su ira al mismo tiempo que se vengaba por cuenta propia.

La Gaceta juzgó dicho discurso « muy por debajo de la nada », y empezó una campaña de calumnias, de epigramas y canciones.

Proclamábase « que no era capaz de hacer nada serio ni aun siquiera el menor prefacio ». La Bruyère les hizo ver á las claras que podía, escribiendo un belicoso y altivo *Prefacio* para sus *Discursos*. En él hablaba desdeñosamente de « aquellas aves lúgubres », de aquellos « viejos cuervos que graznan en torno de los que con rápido vuelo y con ligeras plumas han adquirido alguna gloria por sus escritos ».

Aprovechó la ocasión para protestar contra las acusaciones de maledicencia, rechazando la paternidad de ciertos escritos que se hacían correr por la ciudad y en los que figuraban los nombres de los supuestos originales de sus *Caracteres*:

Pemítaseme abrigar alguna vanidad con respecto á mi obra: casi estoy dispuesto á creer que mis pinturas representan bastante bien al hombre en general, puesto que se parecen á tantos hombres en particular y todo el mundo se cree retratado en ellas, lo mismo en la ciudad que en provincias.

Los últimos años de la vida de La Bruyère los pasó en la casa de los Condé. Ocupó sus ocios en retocar las ediciones sucesivas de su libro y en componer una nueva obra inspirada en sus coloquios con Bossuet, los *Diálogos sobre el quietismo*¹, acerca de la doctrina de Fenelón á quien el obispo de Meaux persiguió con la acritud de un ortodoxo autoritario. Son una imitación de las *Provinciales*; su estilo es firme y no dejan de tener ingenio. La Bruyère no tuvo tiempo de acabarlos ni de publicarlos: salieron á luz en 1699 después de su muerte, editados por el abate du Pin, doctor de la Sorbona que, después de los siete Diálogos originales, escribió otros dos y agregó, al frente de la edición, un prefacio que es el resumen de la obra:

El autor de los *Diálogos* ha creído conveniente poner en ridículo las doctrinas quietistas, exponiéndolas al público de un modo agradable y natural. Para lograrlo le ha bastado hacer hablar á los quietistas como hablan en sus escritos y descubrir la extravagancia de sus discursos por medio de reflexiones tan sólidas como contundentes. Lo ha ejecutado con gran acierto introduciendo primero á un director quietista muy práctico en la doctrina de sus autores, la cual expone á su penitente: ésta cree ciegamente todo lo que él le enseña y, saturada de sus máximas, habla de ellas con un doctor de la Sorbona, cuñado suyo. El doctor justamente indignado por las impiedades disimuladas bajo capciosos principios, echa en cara á su hermana su flaqueza y su confianza en los ensueños de aquel pernicioso maestro. Oféndese ella por las palabras de su cuñado y corre diligente á casa de su director á darle cuenta de su conversación, haciéndole consentir en una entrevista en que al doctor no le cuesta gran trabajo convencer al tal director de la falsedad de sus principios y de sus máximas. Para acabar de avergonzarle, propónenle otra conferencia con un hombre de mundo que, habiendo estado en otro tiempo imbuido en los mismos errores, saca de ellos consecuencias para autorizar su vida mundana y excusar toda clase de desenfrenos. La penitente al ver á su director confuso y embarazado y casi obligado á confesar las consecuencias de aquella infame doctrina, abomina de ella y adopta el partido de volver para siempre á los sentimientos verdaderamente católicos.

Para completar la lista de las obras de La Bruyère, agregaremos que nos quedan diecisiete cartas dirigidas al príncipe de Condé durante los años 1685 y 1686 y relativas todas á la educación del duque de Borbón.

La Bruyère comprendía su papel con elevación y conciencia; no enseñó la historia de un modo seco, sino « exponiendo los motivos de las

1. Es decir sobre la doctrina de Molinos. Véase la nota, pág. 723.

guerras y los errores de los príncipes ó de sus consejeros. » Aparte de esto, se encuentran, en dichas cartas, alusiones á las fiestas que tuvieron lugar en los meses de junio y agosto de 1685, con ocasión del matrimonio del señor Duque y de la señorita de Nantes, á la oración fúnebre de la princesa Palatina, pronunciada por Bossuet, á las jornadas de la corte en Fontainebleau y en Versalles, á las partidas de caza y á los bailes. No obstante todo esto los estudios continúan: el duque trabaja por la mañana desde las diez á las doce y media; por la tarde, desde las tres á las cinco, se repasa lo anteriormente estudiado. En Versalles, hacia fines de 1685, la madre del joven duque le hace llamar con frecuencia en compañía de su esposa, que recibía las mismas lecciones, á fin de interrogarlos á ambos. Á La Bruyère le cuesta algún trabajo atenuar los actos de rebelión de su discípulo que no suele pecar ni de sumiso ni de atento.

Debo señalar además una carta de La Bruyère á Ménage con motivo de una crítica cortés de éste acerca de ciertos pasajes de la traducción de Teofrasto: La Bruyère demuestra en ella su erudición.

La carta á Bussy se reduce á darle las gracias por un favor. Hay además un billete á Santeul, en el que La Bruyère le riñe amistosamente por conducirse como un muchacho de doce años y por figurarse equivocadamente que le calumnian con los Condé. En cuanto á la carta á Phelypeaux, conde de Pontchartrain, es una especie de amable charla, de ingenioso discreto sobre diversos sucesos.

El 7 de mayo de 1696, hallábase La Bruyère en París en una tertulia; de pronto se vió atacado de completa sordera: apresuráronse á conducirle á Versalles donde murió en la noche del 10 al 11 de mayo, de un ataque de apoplejía fulminante. Un sobrino de Bossuet refiere sus últimos momentos:

Había yo cenado con él el martes 8; estaba muy alegre y nunca había disfrutado mejor salud. El miércoles y el jueves mismo estuvo de visitas y de paseo sin sentir la menor incomodidad: cenó con apetito y de pronto perdió la palabra y torció la boca. Los Señores Félix y Fagón, médicos de la Corte, acudieron en su auxilio. Señalaba á la cabeza como asiento del mal y conservó el conocimiento. Sangrías, emético, lavativas de tabaco, todo fué inútil... Es una pérdida altamente sensible para todos nosotros.

Á Bossuet le afectó mucho la muerte de su protegido; el 16 de julio escribía á su sobrino: « El señor abate Fleury ha entrado á ocupar en la Academia el puesto de nuestro pobre amigo á quien cada día siento más. » En otra carta dice: « Toda la Corte le ha sentido. »

De esta suerte murió á la edad de 51 años, pobre y sin familia, pues había permanecido soltero, aquel hombre de bien, « sincero y lleno de naturalidad ».

El 12 de mayo de 1696 fué enterrado en la vieja iglesia de San Julián,

demolida cien años después por la Revolución, aquel sabio filósofo que había adoptado, al parecer, como divisa, el consejo del poeta: « Oculta tu vida y siembra tu ingenio. »

Los *Caracteres* se componen de 17 capítulos y de un prefacio, titulado: *De las Obras del ingenio*, al que llamaba Sainte-Beuve « su Arte Poética y su Retórica » y en el que reunió los juicios literarios más sensatos y más perspicaces; es un tratado admirable de historia literaria del que conviene retener todo lo que dice de los autores que cita. La parte consagrada al teatro tiene extraordinario valor por sus retratos, sus juicios y por los problemas que son aún de actualidad:

¿ De dónde procede que se ríe con tanta libertad en el teatro y se avergüenza uno de llorar? ¿ Es menos natural enternecerse con lo que excita lástima que prorrumpir en carcajadas á la vista de lo ridículo? ¿ Acaso nos contiene la alteración del semblante? Sin embargo es mucho mayor en la risa inmoderada que en el más amargo dolor y se desvía el semblante lo mismo para reír que para llorar cuando se está en presencia de los grandes y de las personas de respeto. ¿ Acaso se experimenta embarazo en dejar ver que tenemos el corazón tierno y en mostrar alguna flaqueza sobre todo cuando se trata de un asunto ficticio y del que parece que somos víctimas? Pero, sin citar á las personas graves ó á los espíritus fuertes que consideran como una flaqueza lo mismo la risa excesiva que el llanto y los prohíben por igual, ¿ qué se espera de una escena trágica? ¿ Acaso que haga reír? Por otra parte ¿ no impresiona la verdad muy vivamente en ella por medio de sus imágenes lo mismo que en lo cómico? ¿ No llega el alma hasta los límites de la verdad en ambos géneros antes de conmoverse? ¿ Es acaso tan fácil de contentar? ¿ No necesita la verosimilitud? Del mismo modo pues que no nos extraña oír surgir en todo un anfiteatro una carcajada universal á propósito de un pasaje de una comedia, sino que por el contrario supone esto que el pasaje es divertido y que está ejecutado con naturalidad, la extremada violencia con que uno procura contener las lágrimas y la falsa risa con que se pretende ocultarlas demuestran claramente que el efecto natural de las grandes escenas trágicas sería hacer llorar á todo el mundo francamente y de común acuerdo, sin cuidarse de otra cosa que de enjugar las lágrimas, sin contar que una vez de acuerdo en abandonarse al llanto, se echaría de ver que hay con frecuencia en el teatro más motivos de aburrirse que de temer el llanto.

Noto de paso esta definición del crítico:

La crítica no es con frecuencia una ciencia: es un oficio que exige más salud que ingenio, más trabajo que capacidad, y más hábito que genio. Si procede de un hombre que tenga menos discernimiento que lectura y se ejercita en ciertos capítulos, echa á perder á los lectores y al escritor.

El capítulo del *Mérito Personal* es una picante crítica de la vanidad y del egoísmo. El de las *Mujeres* es humorístico, divertido, maligno y poco profundo.

Sobre un fondo neutro resaltan acá y acullá algunos lindos pensamientos:

El agradar es cosa arbitraria; la belleza es algo más real y más independiente del gusto y de la opinión.

Lo esencial para una mujer no es tener un director, sino vivir de manera que pueda pasarse sin él.

Un hombre guarda con más fidelidad los secretos de otro que los suyos propios; una mujer, por el contrario, guarda mejor los suyos que los ajenos.

La misma nota se observa en el capítulo del corazón, en que La Bruyère habla de lo que al parecer sólo conoce de un modo general. Los pensamientos acerca de la amistad, de la bondad y de la caridad son bastante conmovedores, y algunos muy felices:

Hay que reír antes de ser feliz, á fin de no morir sin haber reído.

Nada cuesta menos á las pasiones que sobreponerse á la razón; pero su gran triunfo consiste en sobreponerse al interés.

De la Sociedad y de la Conversación. — Es de lo mejor de la Bruyère. Ha escuchado, mirado y notado, y tiene rasgos felices acerca de los salones y de las ciudades de provincias.

¿Qué me decís? ¿Cómo? No caigo. ¿Os dignáis repetir? Ni por esas. ¡Ah ya caigo! Queréis decirme, Acis, que hace frío; ¿por qué no me decís: «Hace frío?» Queréis hacerme saber que llueve ó nieva; decid pues: «Llueve, nieva.» Halláis que tengo buen semblante y queréis felicitar me por ello; decid: «Os encuentro de buen semblante.» — Á esto responderéis que eso es demasiado llano y claro y que todo el mundo podría decirlo. — ¿Qué importa, Acis? ¿Acaso hay tanto mal en que nos comprendan cuando hablamos y en que hablemos como todo el mundo?

He aquí un rasgo lleno de verdad y observación:

El ingenio de la conversación consiste más que en demostrar el suyo propio en hacer ver el de los demás; el que sale de nuestra conversación contento de sí mismo y de su ingenio lo está también completamente de nosotros.

En el capítulo *De los bienes de Fortuna* recuerda la Bruyère que ha sido empleado de hacienda, y el mismo Lesage no se manifiesta más encarnizado contra los asentistas generales y financieros:

Si el financiero yerra el golpe, los cortesanos dicen de él: «Es un burgués, un hombre inútil, un Juan Lanás»; si triunfa, le piden la mano de su hija.

Los asentistas nos hacen sentir el peso de todas las pasiones una tras otra: empiezan por el desprecio á causa de su obscuridad; luego se los

envidia, se los odia y se los teme; á veces se los estima y hasta se los respeta; á veces se vive lo suficiente para acabar por compadecerlos.

Un buen financiero no tiene que llorar ni á sus amigos ni á su mujer ni á sus hijos.

En este capítulo se encuentran las dos figuras más llenas de vida, trazadas por La Bruyère; ambas forman juego:

Gitón tiene la tez fresca, la cara llena, la mirada fija y segura, los hombros anchos, el vientre prominente, el andar firme y resuelto. Habla con desembarazo; hace repetir á su interlocutor y muestra escaso interés por lo que se le dice.

Saca un gran pañuelo y se limpia ruidosamente; escupe á los lejos y estornuda muy alto. Duerme de día y de noche con profundo sueño y ronca á más no poder. Ocupa en la mesa y en el paseo más sitio que ningún otro. Cuando pasea con sus iguales, se coloca en medio; párase y los demás se paran; vuelve á andar y los demás le siguen, acomodándose á su paso. Interrumpe y corrige á los que tienen la palabra, pero nadie le interrumpe á él y le escuchan con atención mientras habla; todos son de su parecer y dan crédito á cuanto dice. Si se sienta, le véis hundirse en un sillón, cruzar las piernas, fruncir las cejas, echarse el sombrero hacia adelante para no ver á nadie, ó levantarlo en seguida para descubrir su frente con altivez y audacia. Es divertido, amigo de la risa, muéstrase impaciente, presumido, colérico, libertino, político y poco comunicativo con respecto á los asuntos de la época; se cree dotado de talento y de ingenio. Es rico.

Fedón tiene los ojos hundidos, la tez irritada, el cuerpo flaco y el semblante demacrado; duerme poco y su sueño es muy ligero; muéstrase abstraído y soñador y, aunque tiene ingenio, parece estúpido; se olvida de decir lo que sabe y de hablar de los acontecimientos que conoce; y si, por casualidad lo hace, lo hace mal, cree molestar á aquellos á quienes habla, y cuenta brevemente y con frialdad; no se hace escuchar ni hace reír. Aplau de y sonríe cuando los otros hablan, mostrándose de acuerdo con ellos; corre y vuela para prestarles los más insignificantes servicios. Es complaciente, lisonjero, obsequioso, poco comunicativo con respecto á sus asuntos y á veces mentiroso; es superticioso, escrupuloso y tímido. Anda con paso ligero y sin hacer ruido, pues parece que teme hollar el suelo; anda con los ojos bajos y no se atreve á mirar á los que pasan. Nunca forma parte de los que hablan en corrillo; colócase detrás del que tiene la palabra, escucha furtivamente lo que se dice y, si ve que le observan, se retira. Parece que no ocupa sitio; anda encogido, con el sombrero echado hacia adelante para no ser visto y se rebuja y envuelve en su capa; no hay calles ni galerías, por muy llenas de gente que estén, por donde no pueda pasar sin gran esfuerzo ó escurrirse sin que le echen de ver. Si le ruegan que se siente, se coloca casi en el borde de la silla; habla bajo en la conversación y articula mal; sin embargo habla con libertad sobre los asuntos públicos, muéstrase descontento de su época, poco amigo de los ministros y del ministerio, y sólo abre la boca para responder; tose y se suena tapándose con el sombrero; escupe sin que lo noten y espera hallarse solo para estornudar ó, si acaso le ocurre, lo hace sin que lo note la compañía; nadie le dirige ni un saludo ni un cumplido. Es pobre.

En el capítulo *De la ciudad* presenta curiosos cuadros de París, de las orillas del Sena, de los paseos y de la vida burguesa.

Saint Simón hubiera podido firmar los capítulos *De la Corte* y *De los Grandes*, en que traza maliciosos retratos de los cortesanos. El rasgo siguiente tiene una franqueza brutal :

Cierto noble adora la Champaña y detesta la Brie; se embriaga con un vino mejor que el de la gente del pueblo : única diferencia que la crápula establece entre las condiciones más distintas, entre el señor y el lacayo.

El capítulo *Del soberano y de la República* es un homenaje al Rey ; el *Del Hombre* es un divertido desfile de tipos : el aturdido Menalcas es irresistible ; es el compendio de todas las distracciones posibles y, con las que comete, habría para llenar la existencia de varios distraídos. Con respecto á los niños tiene algunas páginas en las que revela que no ha conocido más niño que su discípulo ; habla con tono de preceptor (« los niños necesitan la férula y los azotes ») y de hombre soltero. Tiene algunos retratos bastante acabados. El que sigue, relativo á los campesinos de entonces, es una de sus más brillantes páginas :

Vense ciertos animales feroces, machos y hembras, esparcidos por el campo, negros, lívidos y tostados por el sol, pegados á la tierra que escaraban y revuelven con obstinación invencible : parece que tienen voz articulada, y cuando se ponen de pie, se ve que tienen faz humana ; en efecto son hombres. De noche se retiran á sus madrigueras donde viven de pan negro, agua y raíces ; ahorran á los demás hombres el trabajo de sembrar y de labrar y de recoger lo necesario para vivir, y de esta suerte consiguen que no les falte el pan que han sembrado ¹.

El capítulo *De los Juicios* contiene preceptos muy acertados y llenos de buen sentido contra la necedad, la vanidad y la lisonja.

El *De la Moda* está escrito con gran ingenio ; las manías, las modas, el afán de aparecer, los coleccionistas, y el traje forman el asunto de este interesante cuadro de París. En este capítulo figura Onofre, que parece una desdichada copia del Tartufo de Molière.

El que trata *De algunos Usos* es interesante ; es un álbum de actualidades de antaño y de estampas llenas de malignidad : nobles advenedizos, falsos devotos, religiosas por fuerza, pleiteantes, médicos, charlatanes y brujos sirven de prelude á una disertación de gramática.

En el *Del Pulpito* traza un divertido cuadro de la frivolidad mundana que entonces imperaba en los oficios y en los sermones.

En el *De los Espíritus Fuertes* combate á los ateos, á los incrédulos y á los indiferentes ; de esta suerte le prestaba á su amigo Bossuet el

1. Compárese este pasaje con lo que dice Rousseau de los campesinos de su tiempo y se verá cuán triste era la condición del pueblo rural en Francia. (N. del T.)

auxilio de su talento en favor de la religión, echando mano de argumentos que Pascal había planteado y desarrollado con más vigor. Sus disertaciones son largas y mucho menos expresivas que las fórmulas concisas que emplea en los demás capítulos. Se ve que pierde pie y sólo al fin vuelve á mostrar su ingenio :

Mucho me admirará el que no gusten estos *Caracteres*, pero me admirará igualmente el que gusten.

No hay que creerle, pues confía en que gustarán. Es una salida ingeniosa.

La Bruyère pinta más que razona ; nos habla de los demás y jamás de sí mismo ; agrada por su amabilidad y obsequiosidad en persuadirnos de que hay gente peor que nosotros. Cuando declara devolver al público lo que éste le ha prestado, muestra un escrúpulo superfluo, porque nadie convendrá jamás en que ha tenido parte alguna en las observaciones, verdades y severos cargos que nos prodiga, y todos convendrán en que dicha restitución se refiere al vecino.

Artista hábil, maneja la pluma con paciencia, delicadeza y lentitud ; halla el rasgo, pero después de buscarlo ; su arte no es invisible. Trabaja con el lente, adelgaza, talla las facetas y fabrica monadas literarias. Sus retratos son muy lindos y brillan más por la perfección de factura que por el ardor de la vida y de la llama interior. Molière tenía el toque más amplio. La Bruyère rehace algunas de sus figuras á la manera de un mosaiquista ó de un tapicero de los Gobelinos que copia un cuadro de Rubens. Pinta con gran finura cuadritos de caballete para salón ; es fácil contar los toques que son todos exactos.

Posee la precisión y el instinto ; anda borrando y modificando hasta que da con la forma final y dice :

Entre todas las diferentes expresiones que puede adoptar uno solo de nuestros pensamientos, no hay más que una buena ; no es fácil encontrarla siempre cuando se habla ó se escribe ; sin embargo es cierto que existe y mientras no se dé con ella, la obra es imperfecta y no satisface á un hombre de ingenio que quiere hacerse entender ¹.

De no poseer un gusto muy refinado, no hubiera tardado en caer en la afectación, por el deseo de la novedad y de decir las cosas de un modo distinto de como las habían dicho otros. Sentía haber llegado demasiado tarde y se esforzaba porque no lo echasen de ver. Trabajó tanto en este sentido que llegó demasiado pronto para ser del siglo XVIII, por más que tiene con él más puntos de contacto que ningún otro. ¡ Qué pintor tan maravilloso ! Sabe ver y hacer ver. En sus pági-

1. Este cuidado de la lima, este esmero de la forma que tanto avalora el mérito de los escritores franceses, escasea generalmente en muchos de nuestros escritores. (N. del T.)

nas hace revivir toda una época. Como artista, seducíanle las formas; fué pintoresco. No enriqueció la psicología, sino la pintura de costumbres; no descubrió nuevos y secretos resortes del alma, pero logró ver y describir admirablemente los signos exteriores, las actitudes, los gestos, las miradas y los ademanes; pintó tipos tan llenos de vida y de verdad que aun hoy día, y lo mismo ha de suceder en cualquier época, el lector podrá poner al pie del cuadro el nombre de un personaje conocido suyo. La Bruyère condenó su libro á ser no una obra de clave, sino de claves. Cada época podrá hallar el secreto de esta cerradura.

Preocúpale é interésale exclusivamente la vida exterior. Hubiera sido un buen novelista y un buen autor dramático. Poseía el don del diálogo, de la escena breve y del sainete. En nuestros días hubiera triunfado en este género teatral que se halla tan á la moda.

En su tiempo, hubiéranle seguramente asustado los cinco actos reglamentarios, si es que alguna vez llegó á pensar en ello.

En cuanto al estilo, hay una página magistral de Taine que señala de un modo definitivo sus *Caracteres*:

El talento de La Bruyère consiste principalmente en *llamar la atención*. Inventa poco, pero donde quiera que pone la pluma deja una huella imborrable. Sólo dice verdades ordinarias, pero una vez que él las ha dicho, no es fácil olvidarlas. Es semejante á un hombre que saliese á detener á los transeúntes en la calle, cogiéndolos del cuello, obligándolos á olvidarse de sus asuntos y distracciones, para forzarlos á mirar á sus pies y á ver lo que no veían ó no querían ver, y que no les permitiese seguir su camino hasta después de haber grabado, de un modo indestructible, en su memoria asombrada lo que se proponía. Por eso abundan en él todos los artificios del estilo. Jamás se ha visto una forma tan estudiada ni tan á propósito para poner de relieve un pensamiento. Nos presenta personajes ficticios, les hace hablar y transforma la lección de moral en una escena dramática. Hace hablar á un personaje antiguo, como Heráclito y Demócrito, y causa viva impresión al lector con lo extraño de sus discursos. Imita el estilo de Montaigne y sorprende al lector con el contraste entre el lenguaje antiguo y el moderno. Nos apostrofa y nos hace escuchar. Á veces excita la curiosidad por medio de enigmas ó de candideces aparentes. Aumenta los objetos, recarga los rasgos, acumula los colores, y la figura que pinta resulta tan expresiva que no es posible apartar de ella los ojos. Cuando no bastan los hechos, las metáforas apasionadas llevan la hipérbole hasta el último límite... Las paradojas simuladas, las curiosas contraposiciones de palabras, los contrastes calculados y sorprendentes, las frases concisas y amontonadas que caen sobre nosotros y nos hieren como un lluvia de flechas, el arte de dar relieve á las palabras y de resumir el pensamiento de un pasaje en un rasgo saliente, las expresiones inesperadas y nuevas, las frases que chocan por sus ángulos bruscos y sus brillantes facetas, las alegorías sostenidas é ingeniosas, la imaginación y el ingenio sembrados á profusión y adornados con el trabajo más hábil y asiduo, tal es el estilo de La Bruyère; y se echa de ver claramente cuánto se aparta de la sencillez y del desembarazo propios de los demás escritores de su siglo. Casi toca al nuestro y no sería difícil hallar en Balzac y

en Víctor Hugo muchos giros semejantes á los suyos... Sise desea una prueba, baste observar que La Bruyère emplea sin cesar la palabra exacta y los rasgos particulares, mientras que el gusto clásico y los hábitos literarios del siglo xvii muestran su preferencia hacia los rasgos generales y las expresiones nobles. Nombrar las cosas por su nombre, hablar de pintores, de vidrieros, de títulos de contratos, de los objetos más bajos y populares, no disfrazar nada, sino por el contrario, poner de relieve y en plena luz los más chocantes detalles, es un verdadero prodigio en un siglo en que las conveniencias sociales se hacían sentir de modo tan imperioso y en que los refinamientos de la elegancia y del buen tono imponían á los escritores un estilo templado y contenido. ¿Por qué esa elección de detalles familiares y hechos insignificantes y exactos, tales como los vemos diariamente en torno nuestro? Porque son los únicos que llaman la atención; los rasgos generales son vagos y, para fijar la atención del lector, La Bruyère, lo mismo que Balzac, se ve obligado á tocarle en lo vivo por medio de rasgos particulares sacados de la vida real y de las circunstancias ordinarias. Este género se llama hoy *realismo*: ¿no es curioso hallar semejante gusto literario en un amigo de Boileau?

No tiene ni fuego, ni abundancia, ni armonía, ni sensibilidad ni arte en la composición. Ensarta sus observaciones como en un rosario. Pasa tropezando de un párrafo á otro. No es posible leer muchos á la vez. Le faltan la unidad, el enlace y la coordinación. Es granalla de oro.

Pero ¡qué variedad de tonos!; ya se muestra noble, ya familiar, ya elocuente, ya burlón, ya amargo, ya pueril; pero se ve que lo hace de intento.

No ahonda en las razones morales de las acciones. No es ni un Pascal, ni un La Rochefoucauld, ni un Vauvenargues; éstos trabajan acerca de las pasiones, de su variedad aparente, de su clasificación lógica, de su subordinación mutua, de sus relaciones más ó menos vagas con el fondo mismo de nuestra naturaleza, y de sus combinaciones en contacto con la vida corriente. La Bruyère era más aficionado á mirar que á pensar y reproduce lo que veía; resulta que ha pintado á través de lo que pasa, lo que no pasa; y de esta suerte ha logrado vivir no sólo por el encanto exquisito de su limado estilo sino por la parte de verdad eterna que ha logrado aprisionar en la dorada red de sus párrafos sobrios, breves, condensados y, como se diría hoy día, « comprimidos ». No ha perdido nada de su verdad el juicio que inspiró á Vauvenargues, hombre experto en esta materia:

Nótase en su obra un espíritu justo, elevado, nervioso, patético, capaz igualmente de reflexión y de sentimiento, y dotado ventajosamente de esa invención que distingue la voz de los maestros y que caracteriza al genio. Nadie ha pintado los detalles con más fuego, vigor é imaginación en la expresión. Verdad es que no se encuentran en sus *Caracteres*, con tanta frecuencia como en los relatos de Bossuet y de Pascal, esos rasgos que caracterizan no ya una

pasión ó los vicios de un particular, sino al género humano. Sus mejores retratos no llegan nunca á la altura de los de Fenelón y de Bossuet; lo cual procede en gran parte de la diferencia de los géneros que cultivaron. Páreceme que La Bruyère ha creído que no era posible pintar á los hombres bastante pequeños y se ha propuesto dar más relieve á sus ridiculeces que á su fuerza¹.

Dos años después de La Bruyère, nació un hombre cuya acción moral debía ser considerable y que condensó en sí la mayor parte de las aspiraciones y de las inquietudes de su época: este hombre fué Bayle (1647-1706).

Bayle sirve de lazo de unión entre Montaigne y Voltaire. Anuncia el siglo XVIII con sus atrevimientos filosóficos y sus espíritus fuertes como Diderot, d'Alembert, Dargéns, La Mettrie, Maupertuis, y d'Holbach. Bayle continúa, resume y agrava á los « libertinos » del siglo XVII, Le Vayer ó Desbarreaux, ese ateo que estaba comiendo una tortilla con tocino un viernes, cuando estalló de pronto una tempestad como una protesta divina, y exclamó: « ¡Cuánto ruido por una tortilla de tocino! »

Pedro Bayle, nacido en el Ariège de padres protestantes, educado con gran libertad, se convirtió, no se sabe por qué, al catolicismo, del que renegó para volver al protestantismo, lo cual hizo que le condenasen á destierro perpetuo, pena impuesta á los renegados. Esta conducta flotante demuestra cierta movilidad que no se parece en nada á la obstinación. Imbuido en la lectura de Montaigne, fué escéptico, ó más exactamente, ateo. Vivió en Ginebra y luego en Rotterdam. Desde allí lanzaba folletos contra los católicos y también contra los protestantes fustigaba la superstición á propósito del cometa de 1682, y emitía nuevas y atrevidas ideas en su periódico *Noticias de la República de las letras* que redactaba con Basnage y Jurieu (1684-1687), y sobre todo, en su famoso *Diccionario* que es su obra capital; porque pueden desdeñarse el *Comentario filosófico sobre las palabras de Jesucristo*, *Compelle Intrare*, *el Aviso á los refugiados* y *la Cábala Quimérica*.

En su *Diccionario*, trabajo colosal é interesante, se halla Bayle de cuerpo entero. Difundió el prospecto del mismo desde 1692, dando como muestra algunos artículos. Era una obra de polémica; el plan es confuso, amacotado, muy incompleto y con frecuencia inexacto; como diccionario, es muy insuficiente y carece de orden y método. Bayle derramó en este cajón de sastre sus reflexiones y sus notas. Hay lagunas y se nota gran desproporción; faltan los hechos esenciales pero, por el

¹ Hace poco se ha publicado en París una edición española de *Los Caracteres* de La Bruyère, pero está hecha con demasiada libertad y sin respetar el texto. (N. del T.)

contrario, abundan las informaciones menudas llenas de minuciosa erudición. Hay que saber buscar entre aquel farrago. Voltaire se queja de que se halle en sus columnas un artículo sobre el obscuro Juan Caesarius, profesor de Bolonia, y en cambio no hay nada de *Caesar*. Esto obedece á que buscó mal, porque dicho artículo figura en su lugar correspondiente sin diptongo. En cuento al artículo sobre Alejandro hay que buscar la palabra Macedonia. Es una obra algo caótica y dispuesta de un modo arbitrario.

¿ Por qué no figuran en ella san Luis, Augusto, Horacio, Sófoles y Rabelais? Únicamente porque no.

Pero abunda la erudición más copiosa; Bayle quería hacer la competencia al *Diccionario* de Moreri y no omitió medio para ello. Todo se halla examinado seria y concienzudamente: si Aquiles fué criado verdaderamente con médula de leones; si César tuvo diarrea; si León X tenía una vista muy penetrante, y si Anfitrión echaba agua al vino. Parece que se complace en extenderse con respecto á la crónica escandalosa de la antigüedad y de la edad media; pero la parte principal corresponde á la filosofía y á la teología. Mahoma, Lutero, Calvino, Spinoza (el más largo de todos los artículos fuera del de Mahoma), Socinio y los Anabaptistas: éstos son los artículos más prolijos. Pasa en silencio á los espiritualistas, á los idealistas, á los dogmáticos y en cambio se extiende con los epicúreos y los escépticos, por inclinación personal. Refiere las herejías y deja en la sombra á los defensores de la religión. En cada página, se revela el ateo que no se atreve á proclamar su pensamiento peligroso; pero éste se filtra y sale á luz en medio de los procedimientos disimulados que emplea: la elección particular de los objetos de su estudio, la manera de dividir las verdades y las afirmaciones, cuya parte más anodina coloca en el cuerpo del artículo, añadiendo un correctivo en las notas, que son más extensas que el texto y en las nótuas que sirven de marco á las notas. Es un comentario en forma de cascada y una anotación de dos pisos. Hay que bajar por aquella estrada para darse completa cuenta del pensamiento de Bayle, que es la negación final del elemento sobrenatural y de las religiones.

Voltaire y Diderot recurrieron á él con frecuencia. El *Diccionario* de Bayle es el arsenal del siglo XVIII y en él figuraban ya muchas frases y rasgos de la ironía volteriana. Voltaire le debe toda su educación filosófica y algunos de sus cuentos. En cuanto á Diderot, aprendió de Bayle la táctica de las citas y de las nótuas, para deslizar sin demasiado escándalo las verdades nuevas y las máximas de libertad política, religiosa ó moral. Á no ser por Bayle, los enciclopedistas no hubieran tal vez podido escribir sus artículos porque les faltaba la fuente común. Por eso le saludaban como á un antecesor, y Voltaire no se engañaba en este punto: